

# Jeroboam

## para después de unas elecciones

Jesús Rivasés  
Periodista, Director de Tiempo

**J**ohn Colville (1915-1987), Caballero del Imperio Británico, fue uno de esos personajes de buena familia y educación exquisita (Harrow y Trinity

Collegé de Cambridge) pero sin derecho a herencia económica, aunque sí a las ventajas sociales de su posición. Es decir, un producto genuinamente británico. Culto y cosmopolita, sobrado de privilegios y con excelentes relaciones personales y familiares, que compensaban su falta de grandes recursos materiales, afrontó una carrera profesional y accedió —mediante exámenes, lo más parecido a las oposiciones españolas— al Foreign Office. Desde allí, enseguida recaló en el 10 de Downing Street de Londres, la residencia de los primeros ministros del Reino Unido. Colville, algo impensable hoy y todavía más en España, trabajó como persona de confianza para primeros ministros de diferentes partidos e ideologías: Neville Chamberlain, Clement Attle y, sobre todo, Winston Churchill. Lo más próximo -imposible- en versión hispánica sería un jefe de Gabinete al servicio, de forma sucesiva, de José María Aznar y de José Luis Rodríguez Zapatero. Ciencia ficción política en España, pero también porque unos y otros personajes no resisten la comparación.

Winston Spencer Churchill (1874-1965) es uno de esos políticos que siempre serían necesarios. El escenario político español —y también el de muchas de sus Comunidades Autónomas— sólo confirma la carencia de políticos de verdad notables. Incluso Barak Obama, Hillary Clinton, el controvertido Sarkozy



Jesús Rivasés

y el menos llamativo Gordon Brown, serían fenómenos extraordinarios al sur de los Pirineos. Churchill, por otra parte, el primer ministro británico que plantó cara a Hitler y eligió la política de resistir a cualquier precio hasta la victoria, también ha pasado a la historia más allá de la política. “El éxito es la capacidad de ir de un fracaso a otro sin perder el entusiasmo”, decía con frecuencia, una máxima que muchos de los derrotados en las últimas elecciones suscribirían con jolgorio, si es que conocieran la frase, pero también con menos gracia. Camilo José Cela, sin duda, andaba acertado cuando sentenciaba que “los políticos no esperan la justicia, sino el poder”.

Churchill fue desmesurado en todo, en los éxitos y en los fracasos, en la política y en sus gustos y aficiones. “Mis gustos son sencillos; me conformo con facilidad con lo mejor”, explicaba parapetado tras una sonrisa cínica. Amante de la bebida, la comida y los habanos, su mesa siempre estaba regada con champagne, de la casa Pol Roger. Está en la historia del siglo XX como político, pero también porque una vitola de cigarros –del grosor y la longitud de los que él fumaba- de distintas marcas, lleva su nombre. Un “Churchill” también es un habano. Pero hay más. Los amantes del champagne lo saben: La bodega Pol Roger tiene en el mercado desde 1975 el “cuvee” Sir Winston Churchill, con sus correspondientes “vintages”, el último de 1996. Un caso único que ojalá se repitiera por estas tierras hispánicas, porque para parlamentario, ahí está su respuesta a una agresiva diputada rival en la cámara de los Comunes que le afeaba haber bebido: “Sí, señora, yo estoy borracho, pero mañana estaré sereno y usted será igual de fea”.

John Colville, el Jefe de Gabinete de Churchill, comenzó a escribir un diario en 1939, cuando era tercer secretario del Servicio Diplomático y la II Guerra Mundial era ya inevitable. Los diarios de Colville –qué lástima que ese género escasee también en España- son la crónica de los años de Gobierno de Churchill, narradas por un testigo directo de los acontecimientos y de la confianza absoluta del Primer Ministro y que, para delicia

de los lectores, no tiene empacho en relatar con detalle dónde y con quien almuerza y cena, que platos degustan y qué vinos beben y, por supuesto, si son buenos o malos. Publicadas por primera vez en 1985, poco antes del fallecimiento de su autor, esos diarios acaban de aparecer en España con un título atractivo: “A la sombra de un Churchill”. Son páginas políticas fascinantes y sugerentes y todavía más después de unas elecciones. Ofrece, por supuesto, anécdotas seductoras y costumbres recomendables. Un ejemplo bastará. Colville cuenta cómo Churchill, tras perder de forma inesperada las elecciones, semanas después de ganar la II Guerra Mundial, abrió un Jeroboam –botella de tres litros- de su champagne favorito, Pol Roger, se lo bebió con sus colaboradores y algún familiar y dijo que era fatal dar rienda suelta a la autocomplacencia. Hay comparaciones odiosas, pero los políticos españoles podrían seguir el ejemplo y compartir un Jeroboam, que tampoco es necesario que sea de champagne, porque cualquier Somontano es excelente o alguno de los muchos y magníficos vinos españoles. Mejor todavía, un Salmanzar –botella de 9 litros- o un Baltasar -12 litros- y, en caso de duda, cualquier tamaño es bueno, excepto esas mini botellas que ofrecen ciertos trenes veloces y de moda y en muchas líneas áreas. Unos deberían hacerlo para celebrar el éxito y otros para digerir resultados adversos. Pero claro, eso en la España del siglo XXI, también parece ciencia ficción.

### Jesús Rivasés

Aragonés, nacido en Zaragoza, de familia oscense, para más señas de las villas de Sesa y Huerto. Dirige el semanario TIEMPO, la revista de información general más prestigiosa y de mayor difusión en España. También es Consejero Editorial del Grupo Zeta y participante habitual en tertulias de Radio (Radio Nacional de España) y Televisión (Veo Televisión y TeleMadrid entre otras). Profesor de Economía para periodistas en la Universidad Antonio de Nebrija. Autor de cuatro libros: "Los banqueros del PSOE" (Ediciones B); "Los secretos del Banco de España" (Temas de Hoy); "Detrás de Aznar" (Ediciones B, en colaboración con Antonio Casado) y "Antonio Asensio, el compromiso con la libertad" (Ediciones B, en colaboración con José Oneto y Alfonso Sobrado Palomares). Fue director del diario económico "La Gaceta de los Negocios" y del semanario "Dinero" y obtuvo varios premios de periodismo económico. Muy joven, comenzó su trayectoria profesional en el diario "Heraldo de Aragón" en Zaragoza. Es licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad de Navarra y posee un diploma de Economía por la Escuela de Economía de Madrid, dependiente de las Universidades Autónoma, Complutense y Politécnica de Madrid.